

5505

EL TEATRO

---

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

---

---

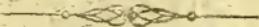
# LOS HIJOS DE ELENA

JUQUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

---



MADRID

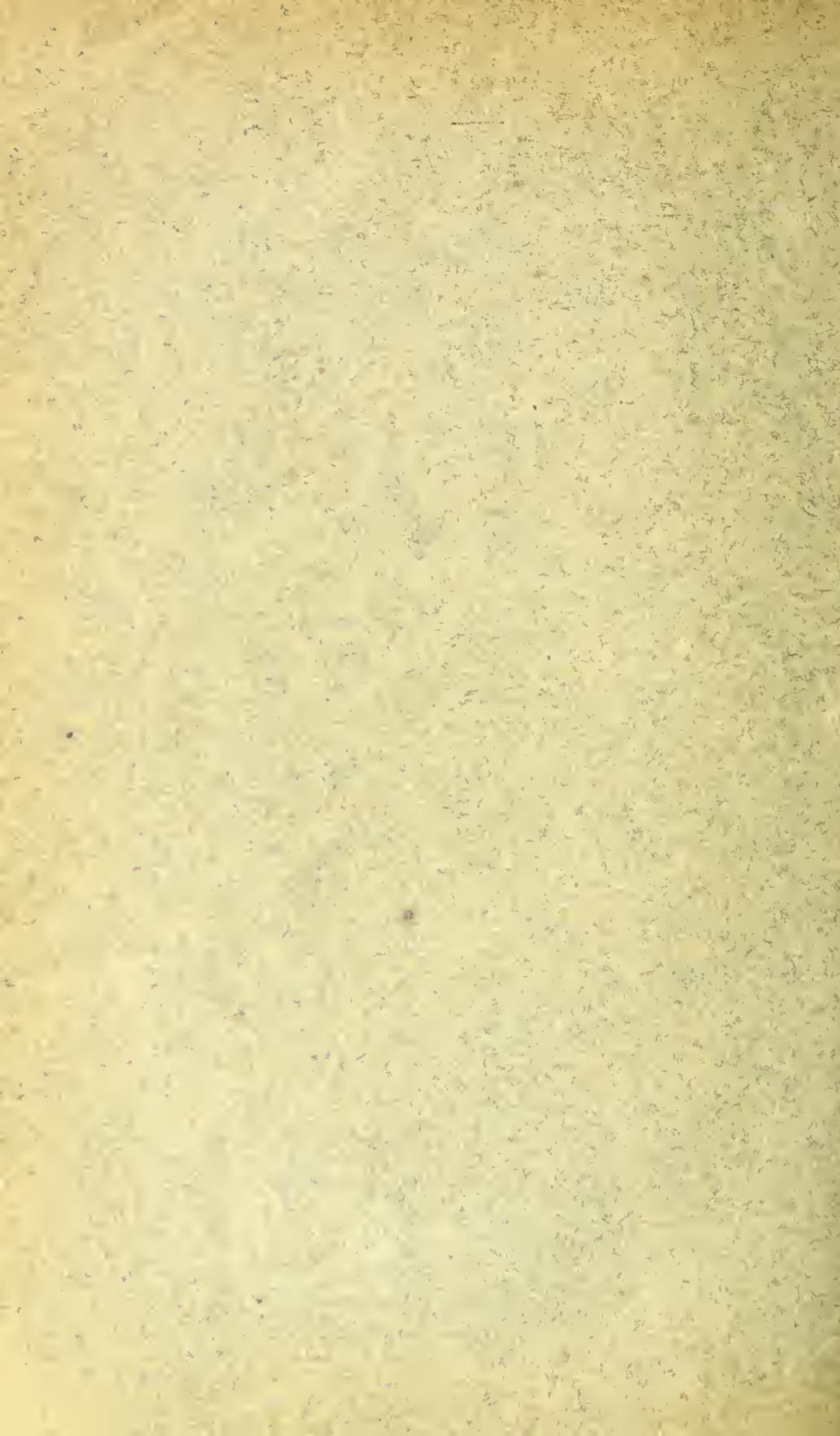
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.

---

1892



LOS HIJOS DE ELENA



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# LOS HIJOS DE ELENA

Juguete comico en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO LARA el 9 de Diciembre de 1892.



MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1892

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

TULA.....	SRA.	VALVERDE.
ROSA.....	»	MAVILLARD.
CÁNDIDA.....	SRTA.	BLANCO.
LEONOR.....	SRA.	PINO.
FERMINA.....	SRTA.	MOLINA (Amparo.)
FILOMENA.....	»	MOLINA (Adela.)
DON FELIPE.....	SR.	ROSSELL.
MANUEL.....	»	LARRA.
PEPITO.....	»	MENDIGUCHÍA.
JUAN.....	»	R. DE ARANA.
ANTONIO.....	»	RAMÍREZ.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# ACTO PRIMERO

---

Habitación bien amueblada. Puerta en el foro. Puertas á la derecha en primero y segundo término. Puerta en primer término izquierda y balcón en segundo. Tocador de caballero entre el balcón y la puerta de la izquierda: en sere de tocador encima de éste. Sillería de tapicería. Velador en el centro con periódicos y escribanía. Sillas volantes, etc.

## ESCENA PRIMERA

FERMINA y ANTONIO

- ANT. Tú no duras en la casa.  
Llevo tres meses cabales  
de ver lo que está pasando  
y callar, y ya es bastante.
- FERM. Pues lo sentiré.
- ANT. ¿Por qué?
- FERM. Son tan buenas, tan amables,  
las señoras...
- ANT. No lo niego.  
Las señoras son tres ángeles;  
pero ellos son tres demonios  
Malo el hijo, peor el padre,  
y rematado el abuelo.

Me están criando una sangre  
los tres más mala... Los tres  
me la han de pagar.

FERM. ¿Qué hacen,  
hombre?

ANT. Mirarte, mujer.

FERM. ¡Bah!

ANT. ¡Qué modo de mirartel

¡Si te comen con los ojos!

FERM. Pues mientras que no me claven  
los dientes...

ANT. ¡Qué mañanitas  
me están dando! Á cada instante  
sonando el timbre. Los tres  
á un tiempo. Yo entro al escape,  
y me miran con disgusto,  
y en decirme se complacen:

«que tráiga agua la Fermina;»

«que me tráiga el chocolate

»la Fermina;» «que mi ropa

»la éntre la Fermina...» ¡Y dale

con Ferminal! ¿No soy yo

suficiente para entrarles

agua, y jabón, y un demonio,

y hasta un toro que los mate?

FERM. Vamos; un poco de calma.

No te pongas en salvaje.

¡Si sabes que el que yo quiero

eres tú!... ¡si ya lo sabes!

¿Que me miran? Porque valgo.

ANT. Y dílo.

FERM. Pues lo que vale,  
para tí.

ANT. Para mí solo.

FERM. ¿Que piden el chocolate

y lo entro yo? ¡Qué motivo,

tonto, para que te alarmes!

Yo lo doy con mojiçón

si es caso. Deja que llamen.

¡Si les entro el agua y salgo,

y vuelvo á entrar y á marcharme,

y ¡ni agual!... ¡Si eres tú sólo

- el que quiero!... Ya lo sabes.
- ANT. ¡Ay, gitana de mi vida!  
Calla. En lugar de calmarme,  
me vuelves loco.
- FERM. ¿De veras?
- ANT. Y he de hacer un disparate  
con uno de ellos.
- FERM. ¿Con cuál?
- ANT. Con el que vuelva á mirarte.  
Viene el señorito. Vete.
- FERM. Pero...
- ANT. Vete.
- FERM. ¡Qué cobarde!  
(Vase por el foro)

## ESCENA II

ANTONIO; PEPITO, que sale por la primera de la derecha.

- PEPITO. Oye, Antonio; no te vayas.
- ANT. ¿Manda el señorito?
- PEPITO. ¿Qué hay  
de mi asunto?
- ANT. Nada hasta ahora.
- PEPITO. ¿Diste mi carta?
- ANT. Ayer tarde.
- PEPITO. ¿Y la tomó la criada?
- ANT. ¡No que no! Con veinte reales  
de propina.
- PEPITO. Como siempre.  
Ya siete cartas amantes  
escritas con todo el  
fuego que en mis venas arde,  
y nada; ni una respuesta.  
¡Bien resiste mis ataques!  
Es una virtud.
- ANT. Constancia  
y osadía, y adelante.
- PEPITO. ¡Osadía! ¡Hablarme á mí  
de valor! ¿Quieres callarte?

- No hay otro más atrevido.  
Yo voy donde no va nadie.
- ANT. Por de pronto, no rechazan  
las cartas. Esto ya es grave.  
Eso ganamos.
- PEPITO. ¡Ganamos!  
Mira: la que hasta ahora sale  
ganando es esa criada,  
Antonio, que es insaciable.
- ANT. ¡Qué pedigüeña! (El que gana  
hasta ahora es este pillastre,  
que aquí están los siete duros  
y los siete memoriales.)
- PEPITO. ¡Ay! ¡Qué vecina tan mona!  
Ven aquí. Dame detalles.  
¿Tú has servido en esa casa?
- ANT. Unos meses.
- PEPITO. ¿Y qué clase  
de mujer es esa prójima?
- ANT. Una mujer agradable,  
caprichosilla y coqueta.  
Dice que quiere á ese cafre  
de capitán, su marido,  
que es un tío de un carácter  
insoportable, una especie  
de oso blanco.
- PEPITO. ¡Capitanes  
á nil!
- ANT. Y así lo parece.  
Todo el día están llamándose.  
«Leonor...» «Juanito...» «Ven...» «¿Dónde?»  
«Monín...» «Rica...» Hay que encerrarse  
en la cocina; mas luégo,  
cuando él se marcha de viaje  
—porque estuvo en la remonta,—  
nunca quiere acompañarle  
porque dice que la sienta  
muy mal el mudar de aires.
- PEPITO. Sospechoso.
- ANT. Ya lo creo.
- PEPITO. Además, el asomarse  
al balcón á todas horas,

- ¿qué prueba?
- ANT. Que la complace  
que la vean y la miren  
y la paseen la calle.
- PEPITO. Sospechoso. Esa criada  
es un dato interesante  
también. Ya recibe cartas.
- ANT. ¡Digol
- PEPITO. Todo el mundo sabe  
lo que tiene en casa.
- ANT. Claro.
- PEPITO. Los criados son la imagen  
de los amos.
- ANT. ¿Quién lo duda?
- PEPITO. Si el criado es un tunante  
que guarda dinero...
- ANT. El amo,  
un bribón
- PEPITO. Es indudable.  
Oye: ¿dices que esa casa  
tiene á la calle del Carmen  
la fachada principal?
- ANT. Cabal; y la puerta grande.  
A más, el cuarto entresueño  
tiene una puerta de escape  
que da á ese portal de enfrente.
- PEPITO. ¡Hola! Bueno es enterarse.
- ANT. Don Juan ha vivido siempre  
ahí. No sé con qué planes  
la mandó abrir.
- PEPITO. Joven, guapo,  
soltero y con la agravante  
de militar, no es difícil  
explicar, sino muy fácil,  
para escapar de acreedores  
ó abrir por la noche á alguien.
- ANT. Hace un año se casó;  
la puerta está sin usarse  
desde entonces; pero está.  
Ni ella ha dicho que se tape  
ni él ha dicho que se cierre.  
Él piensa: «más adelante

- me podrá servir,» y ella...
- PEPITO. Pensará lo que pensare.  
Esto sí que es sospechoso,  
Antonio; esto sí que es grave.  
Dos calles, dos puertas... ¡Lío,  
belén!... Pues á arovecharle.  
Por esta puerta secreta  
entraré á ver á ese ángel.  
Audacia, audacia y audacia.
- ANT. Eso; y no desanimars.  
Y vengan cartas, y vengan  
propinas, que son las que abren  
las puertas.
- PEPITO. Cuanto haga falta.
- ANT. (¡Ay! ¡Lo que voy á sacarle  
á este tonto! Así me vengo.)
- PEPITO. Corre á ver si al fin me traes  
alguna respuesta.
- ANT. Vuelvo.
- PEPITO. Y que no vayas en balde.  
(Vase Antonio por el foro.)

### ESCENA III

PEPITO

Esa mujer hechicera  
se ganó mi corazón.  
Vamos; es una pasión,  
una pasión verdadera.  
¡Y cuidado que yo he sido  
difícil para querer!  
Yo la he sabido correr.  
(Se sienta en la butaca.)  
A mi edad he conocido  
alegrías y placeres,  
y penas y desengaños.  
He cumplido veinte años.  
Que no me hablen de mujeres.  
Pero esta... Es fascinación.  
Es una rubia divina.

¡Ah! La calle se ilumina.  
Es que ha salido al balcón.  
(Se levanta y va hacia el balcón.)  
¡Ella! Me mira. . la miro...  
y su mirada no aparta.  
Voy á enseñarla otra carta  
y desde aquí se la tiro.  
(Vase por la primera de la derecha.)

## ESCENA IV

MANUEL, saliendo por la segunda de la derecha.

Esto es más que una manía.  
En locura va á acabar.  
Si es que no puedo pensar  
otra cosa en todo el día.  
Darlo al olvido quisiera;  
mas nada, no puede ser  
por más que hago. Esa mujer  
me gusta de una manera...  
No me hace caso... no hay modo.  
¡Cuidado que he trabajado!  
¡Pero si el estar casado  
es estorbo para todo!  
¿Qué he de hacer? Esta es la hora  
en que se asoma al balcón.  
(Mirando por el balcón.)  
Ahí está mi perdición.  
¡Pero si es encantadora!

## ESCENA V

MANUEL; PEPITO, que sale por la primera de la derecha con una carta en la mano.

PEPITO. Aquí está la carta ya.  
Esta la va á decidir.  
(Al proscenio, enseñándola.)  
MAN. Si me atreviese á subir...

- PEPITO. Vamos. (Se dirige al balcón y se tropieza con su padre.)
- MAN. (¡Mi hijo!)
- PEPITO. (¡Mi papá!)
- Por fortuna no la vió.
- MAN. ¿Qué quieres? ¿Qué vas á hacer?
- PEPITO. ¿Yo?... nada. Venía á ver la temperatura.  
(Mirando el termómetro del balcón.)
- MAN. Y yo.
- Pues veinte grados.
- PEPITO. Y un pico.
- MAN. Buena tarde.
- PEPITO. Buena es.
- MAN. (Habrá que volver después.)  
Hasta ahora. (¡Maldito chico!)
- (Vase por la segunda de la derecha.)

## ESCENA VI

PEPITO; CÁNDIDA, que sale por la segunda de la derecha.

- PEPITO. ¡Me deja solol  
(Corre al balcón y empieza á hablar y á gesticular.)  
Yo soy,  
que me asomo para verte,  
que vivo para quererte,  
mucho ayer, más que ayer, hoy.  
Porque te asomas me asomo,  
y si entras, subo tras tí.  
¡Capitancitos á mí!  
Al capitán me lo como.  
Si conmigo el pobrecito  
se halla, *requiescat in pace.*  
(Accionando con exageración.)
- CAND. Pero, Pepito, ¿qué hace?
- PEPITO. ¡Remonísimal! (Enviando un beso.)
- CAND. ¡Pepito!..
- PEPITO. ¡Cándida! (Siempre celosa me espía.)

CAND. ¿Qué estás haciendo?

PEPITO. Yo... nada; estaba diciendo:  
«¡Ay! ¡Qué tarde tan hermosa!  
¡Ah! ¡Qué tiempo tan divino!  
Si mejor no puede ser.»

(Accionando como antes.)

CAND. ¿Y para eso hay que mover  
los brazos como un molino?

PEPITO. Sabes que soy tan vehemente...

(Cándida se aproxima al balcón.)

CAND. Pero ¿qué estabas mirando?

PEPITO. Pues nada.

(Cándida mira y ve á la vecina al balcón.)

CAND. ¿Estabas hablando  
con la vecina de enfrente!

PEPITO. No lo creas.

CAND. ¡Ay. Dios mío!

PEPITO. ¡Pero, por Dios, prima mía!...

CAND. Yo se lo cuento á mi tía  
y se lo cuento á mi tío.

PEPITO. Pero tanto desconsuelo,  
¿por qué? ¡Jesús! ¡Qué chicuela!

CAND. Yo se lo diré á tu abuela  
y se lo diré á tu abuelo.

PEPITO. Vamos; si te ven así  
les darás un verdadero  
disgusto.

CAND. Ya no te quiero.

PEPITO. Yo, en cambio, te quiero á ti.

CAND. Esta ya no te la paso.  
Escucha bien lo que digo:  
ya no me caso contigo.

PEPITO. Pues yo contigo me caso,  
óyelo bien.

CAND. ¡Qué malvados  
de hombres! ¡Parece mentira!  
¡Porque es rubia y porque mira  
con los ojos entornados!

PEPITO. Pero si es un esperpento  
esa rubia del balcón.

CAND. Es guapa.

PEPITO. ¡Qué sofocón

con tan poco fundamento!

## ESCENA VII

DICHOS; DON FELIPE, por la primera de la izquierda.

FELIPE. Pero, ¿qué sucede aquí?

PEPITO. (Mi abuelo. Calla, por Dios.)  
Pues nada; hablando los dos...  
Nada.

CAND. Diga usted que sí.  
Hablaré, mal que te pese.

FELIPE. ¿Qué dices tú? ¿Cómo hablando  
si la chica está llorando?

CAND. Estoy llorando por ese.

PEPITO. Abuelo... yo...

FELIPE. La verdad.

CAND. Ya no hay novios, ya no hay bodas,  
porque á ese le gustan todas.

FELIPE. Pero hombre, ¡qué atrocidad!

PEPITO. Don Felipe, si no es  
cierto, si es una ilusión.

FELIPE. ¿Todas? Le sobra razón.  
Que te gusten dos ó tres...

CAND. ¿Cómo tres? ¡Pues bueno fueral

FELIPE. No seas tan vivaracha.  
Una tras otra, muchacha,  
hasta hallar la verdadera,  
la buena, la que ha de ser,  
la que en verdad interesa.  
En cuanto se encuentra á esa,  
no se mira á otra mujer.  
Estaréis pronto casados  
y eso es una vi lanía.

¿Estamos en Morería  
ó en la calle de Preciados?

Hará bien en no quererte,  
y hará bien en no casarse.

PEPITO. (¡Y ésta, en lugar de callarse,  
se pone á llorar más fuerte!)

FELIPE. Anda, hombre, que llora á gritos...

No te quedes como lelo.  
¡Simplicio! Saca el pañuelo  
y límpiala los ojitos.

PEPITO. Si no quiere.

FELIPE. Aunque no quiera.

PEPITO. Cándida...

(Pepito saca el pañuelo y limpia los ojos á Cándida.)

FELIPE. Si es una niña.

Eso después de una riña  
las gusta de una manera...  
Díla cosas cariñosas. (Bajo.)  
diminutivos... «Monina,  
chiquitina, chilindrina...»  
Si las gustan esas cosas  
mucho.

PEPITO. Pero, ¿aún enfadada?

Pero, ¿no se te pasó?

Pero dí, ¿qué te he hecho yo?

FELIPE. Pero si no te ha hecho nada,  
si te quiere con locura.

Le has de perdonar por mí.

Cógela una mano... así...

y la otra por la cintura.

CAND. Déjame.

PEPITO. Cándida bella...

CAND. No soy rubia.

FELIPE. Ya se ablanda.

Ahora te la llevas, anda. (Bajo.)

PEPITO. Candidita...

FELIPE. Anda con ella.

(Vanse los dos: segunda de la derecha.)

## ESCENA VIII

DON FELIPE; después FERMINA, por el foro, con un  
periódico en la mano.

FELIPE. Son felices. Es la edad.  
En regañar se entretienen

los dos. Los muchachos tienen  
muy poca formalidad.  
Ya variarán... ¡Ya lo creo!  
El tiempo, para los piés.  
Los años nos dan después  
juicio y aplomo.

FERM. (Saltando por el foro.) El correo.  
(Deja el periódico sobre el velador.)

FELIPE. ¡Ay, Fermina! Acércate.

FERM. No; me esperan.

FELIPE. Déjalos.

Pero, ¿por qué te hizo Dios  
tan bonita?

FERM. No lo sé.

FELIPE. Pero, ¿por qué te han traído  
á mi casa y á mi lado?

FERM. Pues no lo sé.

FELIPE. ¿Has olvidado  
ya lo que te he prometido?

FERM. Señor...

FELIPE. ¿Te quieres callar?

Tu amo te prometió  
darte un abrazo.

FERM. A mí, no.

FELIPE. Ahora te lo voy á dar.

FERM. ¡Darme á mí un abrazol

FELIPE. Y tres.

FERM. ¿A mí? ¡Cómo!

FELIPE. Verás cómo.

(La persigue. La muchacha huye y se escapa por  
el foro. Don Felipe viene al proscenio y dice con  
mucha gravedad.)

Los años dan un aplomo  
y una seriedad después...  
Bueno; esto es un crimen, sí.  
¡Marido, padre y abuelo,  
con arrugas y sin pelo  
ponerme fuera de mí,  
perseguir, galantear,  
pretender... ¿quién lo negó?  
Es un crimen; pero yo  
no lo puedo remediar.

Yo soy un viejo por fuera,  
turulato y medio ciego;  
mas por dentro aún arde el fuego  
todo de la edad primera.

Aquí una calva maldita  
reluciente como el sol,  
y aquí dentro un Ravachol  
preparando dinamita. (Pausa.)

¿Qué puedo hacer?

(Se pasea, llega al balcón y repara en la vecina.)

¡Ay, Dios mío!

¡La rubia del entresuelo!

¡Qué dentadural! ¡Qué pelo!

¡Qué mirada de desvío,

y qué ojos azul turquí,

y qué cuerpo tan erguido,

y qué retebién me na ido

con las rubias siempre á mí!

Con todas; mas no con ésta.

Con ésta voy derrotado.

Y ese Antonio condenado,

no me trae una respuesta.

(Haciendo muchos gestos y accionando mucho.)

¡Sí señora; la incomodo

mirando, mas ¿qué he de hacer?

Es usted una mujer

que adoro con calva y todo.

## ESCENA IX

DON FELIPE; TULA, por el foro.

TULA. ¿Qué hace mi marido?

FELIPE. Enfrente  
el sol.

TULA. Felipe...

(Tula tiene un acento andalúz muy marcado.)

FELIPE. ¡Demonio!

(Sigue moviendo los brazos como si saludara á  
alguien.)

Vaya, adiós, adiós, Antonio.

En el Suizo... Corriente.  
Bueno; adiós.

TULA. Pero ¿quién pasa  
por la calle?

FELIPE. Un conocido,  
Antonio; ¿no lo has oído?  
Antonio que va á su casa.

TULA. Mas ¿qué Antonio es ese!

FELIPE. Adiós.

(Tula se acerca al balcón )  
Ya no se le puede ver.  
Ahora acaba de volver  
la esquina.

TULA. Vaya con Dios.

Hijo, ¡qué exageración!  
¡Qué modo de saludar!  
Pues ni que vieras pasar  
¿qué sé yo? Tu salvación.

FELIPE. Antonio...

TULA. Siéntate aquí.

No te he visto en todo el día  
y me da tanta alegría  
hablar contigo...

FELIPE. Y á mí.

(Se sientan juntos.)

TULA. Háblame; di cualquier cosa.

FELIPE. ¿De qué quieres que te hable?

TULA. Di alguna cosa agradable  
á tu pobrecita esposa.

FELIPE. Tula... (Dándole golpecitos en el hombro.)

TULA. ¿Qué?

FELIPE. Tula... (Idem.)

TULA. ¡Bribón!

FELIPE. Pues... (No se me ocurre nada.  
Está muy deteriorada  
la pobre. No hay ilusión.)

TULA. Vamos; sigue ó me incomodo.

FELIPE. Pero, querida parienta,  
¿qué he de decir si en cuarenta  
años te lo he dicho todo?

TULA. Bien; pues vuelves á empezar,  
Felipe, no seas tonto.

¡Ay! Sí; cuarenta años pronto  
que me llevaste al altar.

¡Ay! ¡Qué día! ¡Qué bonita  
decían que estaba yo  
con mi vestido de gro,  
mi cola y mi coronita!  
En mis cabellos rizados  
un largo velo de tul;  
y tú con tu frac azul  
con los botones dorados.  
¿Te acuerdas?

FELIPE. Como hoy te veo.

Pero, ¡qué felices fuimos!

TULA. ¿Te acuerdas cuando tuvimos  
á Manuel?

FELIPE. ¡Pues ya lo creo!

TULA. ¿Te acuerdas del viaje?

FELIPE. Sí.

TULA. ¿Te acuerdas del día en que  
de la casa te saqué  
de una amiga?

FELIPE. ¡Ay! Sí; salí  
cogido por las orejas.

TULA. Con rabia tiraba yo  
y la calle se llenó  
con tus quejas y mis quejas.

FELIPE. Tula... (Dándola golpecitos en el hombro.)

TULA. ¡Ay, Dios! ¡Qué cantinela  
tan tonta me estás cantando!  
Parece que estás hablando  
á alguna perra, ¡canela!

## ESCENA X

DICHOS; CÁNDIDA, por la segunda de la derecha.

CAND. (Su abuela lo ha de saber.)

TULA. Hola, Cándida.

CAND. Adiós, tía.

¿Cómo está usted?

FELIPE. (¿Quién diría

que fué rubia mi mujer?  
Aprovecho la ocasión.)

TULA. Adiós, Felipe.

FELIPE. Tulita...

(Dándola go'pecitos en el hombro.)

TULA. ¡Y dale!

FELIPE. (Ha sido bonita;  
pero ya no hay ilusión.)

(Vase por la primera de la derecha.)

## ESCENA XI

TULA y CÁNDIDA

CAND. ¡Ay, Dios!

TULA. ¿Estás mala?

CAND. No;  
estoy rabiosa.

TULA. ¿Por qué?

CAND. La venia á hablar á usted.

TULA. ¿Qué es ello? Cuéntamelo.

CAND. De su ayuda necesito.  
Usted puede corregirle.  
Es necesario decirle  
algo muy serio á Pepito.

TULA. ¿A mi nieto? Le diré  
cuanto quieras.

CAND. Bien, señora.

TULA. ¿Qué hace ese pillo?

CAND. Enamora  
á toda mujer que ve.  
Que le soy indiferente  
del todo me está probando.  
Ahora le he pillado hablando  
con la vecina de enfrente...  
En ese balcón, ahí,  
eclándola unos ojazos...  
declamando con los brazos  
y con las manos, así.

TULA. (¡Ah! Pues el otro de «adiós,  
Antonio,» estaba diciendo

lo mismo.)

CAND. Ya voy creyendo  
que no hay nada entre los dos.

TULA. Vamos, niña, calma; cede.  
Es joven y atolondrado.  
Eso que á tí te ha pasado,  
á cualquiera le sucede.  
Presta oído á mi experiencia  
que es la madre del saber.  
Con ellos hay que tener  
su mijita de paciencia.  
Si en un lío le sorprendes,  
hoy sus líos no son graves.  
Todo hombre la corre, ¿sabes?  
Este es un axioma, ¿entiendes?  
Si son esos caballeros  
tan frágiles en amor,  
es muchísimo mejor  
que la corran de solteros.  
¿Pepe se divierte ahora?  
Mejor. Le verás cansado  
muy pronto. ¿Tú no has estado  
en los toros?

CAND. No señora.

TULA. Sale el toro hecho una fiera  
cuando le abren el toril,  
y da cien vueltas y mil,  
salta y salta la barrera,  
y tantas cornadas da,  
que un asta se queda roma,  
y al fin se cansa y se aploma,  
y á una querencia se va.  
Deja que Pepe haga *mú*,  
y que corra y se deslome.  
Ya vendrá cuando se aplome,  
que su querencia eres tú.

## ESCENA XII

DICHOS; ROSA, sale por la segunda de la derecha.

TULA. ¿Has salido?

ROSA. Sí, mamá;

só'o un momento. Tenía  
que hablar contigo.

TULA. Pues habla.

ROSA. Á solas.

TULA. Déjanos, niña.

Tu tía tiene que hablarme.

Anda, y no seas celosilla.

(Vase por el foro do la izquierda.)

## ESCENA XIII

TULA y ROSA

ROSA. Esto no puede seguir  
así. No hay quien lo resista.

TULA. ¿Qué sucede? ¡Estás nerviosa!  
¿Alguna mala noticia?

ROSA. Estoy furiosa.

TULA. ¡Jesú!

ROSA. Desesperada.

TULA. ¡María!

ROSA. Con hidrofobia.

TULA. ¡Y José!  
Que la Trinidad te asista.

ROSA. Es necesario, preciso,  
urgente, que usted le diga  
algo á Manuel.

TULA. ¿Á mi hijo?

ROSA. Á mi marido.

TULA. (La misma  
historia de la muchacha,  
enmendada y corregida.)  
¿Qué hace Manuel?

ROSA. No lo sé.

Nada bueno. En todo el día  
no pára en casa. No almuerza,  
no come... Siempre de prisa  
entra y sale, y sale siempre  
con una *toilette* distinta.  
Parece que hace comedias  
por actos. Nada; conquistas,

juergas, belenes y lios,  
y escándalos y queridas,  
y la señora esperando  
hasta que el señor se digna  
venir, allá con la aurora,  
que también, porque es bonita,  
le gusta.

TULA. ¡Válgame Dios!  
¡Ay, qué disgusto, hija mía,  
me das! Mira; con los hombres  
hay que tener su mijita  
de paciencia.

ROSA. Se ha acabado  
toda la que yo tenía.

TULA. ¿Tú has estado en el Hipódromo,  
Rosa?

ROSA. No lo sé.

TULA. Pues mira;  
los hombres, mal comparados,  
son lo mismo, si te fijas  
un poco, que los caballos  
de carrera. Están en fila;  
da la señal la campana:  
arrancan llevando encima  
al pelele del jockey;  
el público los anima,  
y corren, saltan y vuelan  
entre la gente que grita.  
Uno se adelanta. Alas  
lleva en los piés que no pisan  
la tierra; llega el primero;  
pero trae de la corrida  
tal violencia, que de pronto,  
no puede la pobrecita  
bestia pararse; anda un trecho  
galopando todavía,  
y por fin se pára, y vuelve  
oyendo la merecida  
ovación, caracoleando  
con mucha coquetería.  
Los hombres, cuando solteros,  
la corren, se precipitan,

casi se desbocan. Entran en el matrimonio un día sin saber dónde se meten; pero traen de la corrida tal ímpetu y tal violencia, que, de repente, hija mía, no pueden parar por la velocidad adquirida.

La siguen corriendo esclavos de las leyes de la física, aunque ya con menos bríos, unos meses ó unos días, y al fin se paran, y vuelven con la cara muy contrita, á recibir de la esposa el perdón y una sonrisa.

ROSA. Pero si Manuel ha entrado hace veinte años.

TULA. ¡Ay, hija!

¡El mío hace ya cuarenta y dos, y aún está en la pista dando vueltas! Viejo, cojo y renqueando; pero aún tira de los piés. A mí no me hables de esas cosas; no me digas nada, porque soy maestra en aguantar. ¡Ay! ¡La vida que me ha dado mi Felipe!... A unas, para su desdicha, las da por la imitación Hieren porque están heridas y faltan porque las faltan; á otras, honradas y dignas, por la desesperación; y á mí, que soy muy tranquila, me dió por la devoción. ¿El á una juerga? Yo me iba á la iglesia á suplicar por él. Fuí en rogativa á Lourdes. Y no ha habido santo que no rece. A Santa Rita abogada de imposibles;

y por ser cosa perdida  
mi marido, á San Antonio,  
que halla las que se extravían,  
y á San Roque el abogado  
contra la peste. ¡Ay! ¡Qué vida  
me ha dado! Mírate en mí.  
Ver un mal mayor, alivia.

## ESCENA XIV

DICHOS; FERMINA, por el foro con un quinqué encendido que deja sobre la mesa. Después MANUEL, por la segunda de la derecha.

TULA. Has hecho bien en traer  
luces.

FERM. Ya está la comida.

TULA. Pues entonces, á cenar.

ROSA. Manuel... Manuel...

(A la segunda de la derecha.)

MAN. (Saliendo por la segunda de la derecha.)  
¿Qué querías?

¿Me llamas?

ROSA. Ven á cenar.

MAN. Hija, no tengo ni pizca  
de ganas. Tengo una junta  
además.

ROSA. (¡Siempre las mismas!)

Pues es preciso comer.

MAN. (¡Ay! ¡Qué cenas de familiar!)

Bien; tomaré un bocadillo.

ROSA. Un bocadillo y de prisa.

La cuesti6a es escapar  
pronto.

MAN. Una junta de minas...

(Vanse Rosa y Manuel por el foro de la izquierda.)

## ESCENA XV

TULA y FERMINA

FERM. Me alegro encontrarme á solas  
con usted.

TULA. ¿Por qué, Fermina?

FERM. Porque la tengo que hablar  
en secreto.

TULA. (¡Ave María!  
Tengo más consultas hoy  
que las que tuvo Cortina  
en mis tiempos.) ¿Qué sucede?

FERM. El caso es que no debía  
decir... y que debo hablar...  
mas si digo... me fatiga  
darla un disgusto.

TULA. Pues dámelo,  
y déjate de pamplinas.

FERM. Pues es preciso, señora,  
urgente, que usted le diga  
algo al señor.

TULA. ¿Qué señor?

FERM. Don Felipe. Todo el día  
con bromas y chicleos  
y miradas atrevidas...  
Y si un día se propasa,  
y si mi novio le pilla,  
va á ver aquí una cuestión.  
Es preciso que la impida  
usted...

TULA. Pero, ¿qué me cuentas?

FERM. Pues no es ninguna mentira.  
A ver, ¿qué vamos á hacer?

TULA. ¿Sabes tú lo que yo hacía  
en tu puesto?

FERM. Usted dirá.

TULA. Llamaba á un mozo en seguida,  
y con mi cofre y el mozo,  
á la calle derecha.

FERM. ¡Señora!...

TULA. Tierra por medio,  
cuando la virtud peligra.  
Felipe... ven á cenar  
(¡Qué tres! Son como las hijas  
de Elena. Salvo ser hijos,  
la consecuencia es la misma.  
Son tres y ninguno bueno,

y el peor el estantigua  
de mi marido. Qué falta  
les está haciendo á esa tringa  
que se metan en un lío  
muy gordo, y que una paliza  
les den, ó un susto muy gordo,  
á ver si se desaniman  
y si...) Felipe .. á cenar.  
(Y si...) Felipe... se enfria.  
(Vase por el foro de la izquierda)

## ESCENA XVII

FERMINA; DON FELIPE, por la primera de la izquierda;  
después, ANTONIO por el foro, con una fuente y  
servilleta.

- FERM. ¡Por ser honrada, perder  
una casa! ¡Buena suerte  
la mía!
- FELIPE. (Saliendo.) ¡Fermina sola!  
¡Qué ocasión! Lo que se debe  
se paga. (Se adelanta de puntillas y la abraza.)
- FERM. ¡Señor!...
- FELIPE. ¡Fermina!
- FERM. ¡Suélteme usted!... ¡Que me suelte!
- ANT. (Saliendo con la fuente de la comida.)  
La cena en la me... (Viendo lo que pasa.)  
¡me gusta!
- FELIPE. Allá voy. (¡Impertinente!)  
(Vase don Felipe por el foro de la izquierda.)
- ANT. ¿Lo ves? ¡Si yo mato á uno!  
(Baja al proscenio.)
- FERM. Hombre... no te dé tan fuerte.
- ANT. ¡Abrazarte!
- FERM. ¡Si es un viejo,  
un infeliz que no puede  
con la bula! ¡un cojitranco!
- ANT. Pero los brazos los mueve  
muy bien. No le he dado un golpe,  
porque es el pobre un pelele.

FERM. ¡Ay, qué mal te sienta Mayo!  
ANT. Pues lo mismo que Setiembre.  
FERM. Tú vas á ser más celoso  
que un griego.  
ANT. Cuando se quiere...  
FERM. Anda á servir.  
ANT. Allá voy.  
¡Le voy á meter la fuente  
por las narices!  
FERM. ¡Antoniol  
ANT. ¡El demonio del vejete!  
(Vase por el foro de la izquierda.)

## ESCENA XVII

FERMINA; después, PEPITO

FERM. Hay que salir de esta casa,  
no hay más remedio. ¡Qué gente!  
El señorito no ha ido  
á cenar. ¿Qué le sucede?  
Señorito... está la cena.  
(Llamando á la primera de la derecha.)  
PEPITO. Allá voy. (Saliendo por la primera de la derecha.)  
¡Qué cuerpo tienes  
tan bonitol ¿Yo cenar  
y tú aquí?  
FERM. (¡Otro y van sietel)  
PEPITO. Me gustas más, te lo juro,  
más que todas las mujeres.  
FERM. ¡Señoritol...  
PEPITO. Que te quiero.  
FERM. ¡Señoritol...  
PEPITO. Que me pierdes.  
FERM. ¡Señoritol! (Pepito la abraza.)  
ANT. Señorito... (Aparece en el foro)  
PEPITO. Voy.  
ANT. (¡Pero esto es indecentel)  
PEPITO. (Bajo al pasar por delante de Antonio.)  
¿No te dije que yo era  
muy atrevido? Ahí lo tienes.

(Vase por el foro de la izquierda.)

ANT. Usted... Yo... Pero... ¡Fermina!...

(Baja al proscenio.)

FERM. ¡Pero qué pesado eres!

Si es un chiquillo.

ANT. Por eso

no le he arrimado un moquete.

Me la han de pagar... Por estas.

¡Abrazarte el insolente!

Mira si no me la pagan.

Como que soy de Albacete.

Ve á servir. Yo aquí me quedo.

FERM. Pero Antonio...

ANT. Que me dejes.

Dentro de un rato le dices

al señor, sin que se enteren,

que venga.

FERM. ¿Qué vas á hacer?

ANT. Nada.

FERM. ¡Antonio!

ANT. Calla y vete.

(Vase Fermina por el foro de la izquierda.)

## ESCENA XVIII

### ANTONIO

Mira si no me la pagan.

Ya tengo aquí en el caletre

una idea... como mía.

¿No quieren esos imbéciles

una cita? Va á citarlos

ahora mismo la de enfrente.

Los encuentra el capitán,

que es un mocito muy terne,

en su casa, y á los dos

enamorados los mete

un pié de paliza que

están en cama dos meses.

Aquí tengo lo preciso.

Vamos á hacer el billete

AMOROSO. (Se sienta á la mesa.)

He sido un buen  
pendolista. De Turleque  
fui el maestro de escuela;  
después me trajo la suerte  
á criado, que es mejor,  
porque un criado come y bebe.

La letra de la señora  
son unos puntitos tenues  
como pulgas. Esta es.

La imito perfectamente. (Escribe.)

«Cedo. Aguardo. Por la puerta  
»secreta, hoy á las nueve.

»Señal: una luz.—*Leonor.*»

Es la luz que siempre enciende  
después de comer. Esta es  
para el viejo. ¡Qué julepe  
te van á dar! La otra igual.

«La hora... la luz... Tuya siempre.»

Esta para et atrevido.

¡Abrazarla el mequetrefel

Para el señor tengo llave

y todo. Ya, ¿qué más quiere?

La que hice para salir

de noche sin que me viesen.

Ahora habrá que perfumarla.

A ver, ¿qué es este pa jute?

Lo que sea: huele bien.

Me sirve divinamente.

Ahora se las doy, y luégo

ya veremos cómo vuelven.

¡Mira si no me las pagan

el niño y el viejo verde!

## ESCENA XIX

ANTONIO; DON FELIPE, por el foro de la izquierda.

FELIPE. ¿Me llamabas?

ANT.

Sí.

FELIPE.

¿Noticias?

ANT. Lo que esperaba impaciente:  
una carta.

FELIPE Dame acá.  
Ten cuidado por si vienen.  
¡Ay! Siempre que abro una esquela  
de una mujer, se obscurece  
mi vista, y tiemblan mis man'os.  
Es que soy un ramillete  
de nervios.

ANT. Vamos, señor.

FELIPE. La conquista ciento veinte...  
de las difíciles. Veamos. (*Leyendo para sí.*)  
¡Ah!... ¡ah! .. ¡ah!... ¡Cayó en mis redes!  
En este blanco papel,  
que tantas dichas ofrece,  
puso sus dedos de rosa,  
puso sus manos de nieve. (*Besa la carta.*)  
Antonio... ¿á qué huele esto?

ANT. Pues esto huele. .

FELIPE. ¿Á qué huele?

ANT. Á jazmín.

FELIPE. ¡Huele á tabaco!

ANT. Á gloria.

FELIPE. La gloria en breve  
para mí. Saca mi ropa...  
corre. La corbata verde,  
el chaleco blanco, guantes  
lila... de mis alfileres  
el más rico. Antes que vuelvan,  
me sorprendan y se enteren.  
(*Vase Antonio por la primora de la izquierda.*)

## ESCENA XX

### DON FELIPE

Hay que hacer una *toilette*  
detenida y estudiada.  
Primero la maquinilla;  
(*Enciende la maquinilla, y pone las tenacillas de  
rizar el pelo.*)  
sobre el alcohol las tenazas.

Hay que sacar al bigote  
dos puntas muy afiladas,  
que en los ganchos de las guías  
he enganchado muchas almas.  
La maquinilla... ¡Qué dulces  
recuerdos! Yo idolatraba  
á una mujer... Yo tenia  
quince años, cuatro semanas  
y dos días. He empezado  
muy temprano, y por las trazas...  
yo voy á concluir muy tarde.  
Un día frente á su casa  
me paseo, sale el padre,  
subo, me abre la muchacha,  
una rubia de catorce  
mayos... También empezaba  
tempranito la chiquilla.  
Sobre el tocador la máquina  
y las tenacillas... «Luisa...»  
«Felipe...» «Amor mío... ¿me amas?»  
«Te amo.» «Te amé.» «¿Me amarás?»  
«Te amaré.» «Si no me amaras...»  
«¿Cómo no amarte?» «¿Á quién yo  
amaría?» «Te amo.» «¿Me amas?»  
«Nos amaremos. Amando  
viven bien los que se aman.»  
(Se oye toser dentro á Manuel, que sale por el  
foro de la izquierda, y don Felipe se dirige al to-  
cador y empieza á dar hierro á los bigotes.)

## ESCENA XXI

DON FELIPE; MANUEL, que sale por el foro de la iz-  
quierda. Don Felipe se quita la levita.

MAN. (He hecho como que he cenado  
y me largo. Há tres mañanas  
ví marcharse al capitán.  
Sola está con la criada.  
¡Si yo encontrase un pretextol...  
Yo subo esta noche. Audacia.

Salga el sol por Antequera,  
ó salga por donde salga.)  
(Vase por la segunda de la derecha. Sale Antonio  
de la primera de la izquierda y atraviesa la esco-  
na, yéndose por el foro de la izquierda.)

FELIPE. Quedamos en que en la mesa  
las tenacillas estaban.  
A lo mejor del coloquio  
la campanilla. ¿Quién llama?  
«¡Abre!... «¡Mi padre! ¡Huye!» «¿Cómo?»  
«Escóndete, que nos mata.  
Pronto...» «¿Dónde?» «El tocador.»  
Era un tocador con faldas.  
Me acurruco como puedo;  
penetra el padre en la estancia:  
junto al tocador se sienta,  
y coge las malhadadas  
tenacillas. Juguetea  
con ellas que hechas un áscua  
estaban, describe líneas,  
y en una de ellas me agarra  
las narices. ¿Que grité?  
No señor; no dije nada;  
callé. Yo sé dar la vida  
por el honor de una dama.  
Desde entonces siempre llevo  
las narices encarnadas.

## ESCENA XXII

DON FÉLIPE y PEPITO; después MANUEL

PEPITO. (Saliendo por el foro de la izquierda.)  
(Soy dichoso, soy feliz.  
¡Oh, carta, carta adorada!  
Voy á vestirme. Osadía.  
La amo, me quiere y me llama.)  
(Vase Pepito por la primera de la derecha.)

FELIPE. Debo ponerme algo pálido;  
una cara un poco lánguida  
hace muy interesante...

Hasta los ojos se agrandan.  
Agua de Louvain, Colonia,  
Opononax, Chipre, Aida...

(Se da polvos en la cara y se perfuma.)

PEPITO. (Saliendo por la primera de la derecha.)

¿Tienes ahí las tenacillas?

Y dispensa. Me hacen falta.

(Sale en mangas de camisa.)

FELIPE. Tómalas

PEPITO. Este bigote

es rebelde. Es una jara

MAN. (Saliendo por la segunda de la derecha en mangas de camisa.)

¿Tienes cosmético ahí?

FELIPE. Creo que sí. Toma.

MAN. Mil gracias.

(Don Felipe se perfuma; Pepito se riza el bigote y Manuel se da cosmético en el bigote: todos quedan en fila frente al público. Dan las nueve dentro, y después de una pequeña pausa todos miran al balcón disimuladamente.)

FELIPE. (La hora. Ya me está esperando.)

PEPITO. (Ya me espera.)

(Mirando por detrás de don Felipe.)

MAN. (Mirando por detrás de Pepito.)

(Su ventana.)

FELIPE. ¡La luz!

PEPITO. (¡Una luz!)

MAN. (¡Hay luz!)

FELIPE. ¿Decíais?

(Volviéndose de pronto hacia ellos.)

PEPITO. Nada.

(Vase por la primera de la derecha.)

MAN. Nada.

(Vase por la segunda de la derecha.)

## ESCENA XXIII

### DON FELIPE

Ahora la transformación.

(Escucha á ver si se acercan por el foro)

Nadie. Aunque yo tengo calva,  
tengo pelo. Hay un secreto  
en mi tocador que guarda  
un prodigio.

(Abre un cajoncito y saca una peluca rubia.)

Esta peluca

rubia, que es una monada. (Se la pone.)

Soy otro. Veinte años menos.

¡Vienen! Soy un tarambana.

(Vase por la primera de la izquierda.)

## ESCENA XXIV

TULA, ROSA y CÁNDIDA; las tres salen por el foro  
de la izquierda.

TULA. Pero, Dios mío, ¡qué hombres!  
¡Qué impacientes! ¡Se levantan  
sin acabar de cenar!

ROSA. Sin empezar. Si se marchan  
sin llevar nada en el cuerpo.

CAND. Absolutamente nada.

TULA. Hijas: no diré yo tanto.

Pero, Dios mío, ¡qué trápalas!

CAND. (¡Qué novio tengo! ¡A mi lado,  
sin decirme una pa'abra!)

ROSA. (¡Qué Manuel! ¡Qué comidita  
me ha dado! ¡Tengo una rabia!...)

TULA. Vamos, vamos, hijas mías;  
una mijita de calma.

CAND. (Mirando por la primera de la derecha.)  
(Se ha ido muy apresurado  
á vestir. Sí; de parranda  
como siempre.)

ROSA. (Mirando á la segunda de la derecha.)  
(Sí; se está  
acicalando. Se larga,  
y ahí queda eso, hasta las cinco  
ó las seis de la mañana.)

TULA. Niñas: no seáis rebeldes.  
Acercarse aquí, que os llama

vuestra madre. Tú á este lado,  
y tú al otro... así, sentadas.  
(Se sientan las tres Tula, en medio.)  
Debéis imitar mi ejemplo.  
La religión es un áncora  
de salvación y un consuelo,  
y es un bálsamo que sana  
Rezaremos. La oración  
tranquiliza y hasta calma  
los nervios mucho mejor  
que el agua de la Giralda  
de azahar. A mucha gente  
le hace muchísima falta  
que le recemos nosotras,  
porque si no no se salva.  
Vaya un Padre Nuestro por  
las ovejas descarriadas.

## ESCENA XXV

DICHAS; PEPITO, que sale por la primera de la derecha con gabán.

PEPITO. ¿Qué hacéis?

TULA. Rezar.

PEPITO. Muy bien hecho.

Adiós, abuela; adiós, Cándida...  
Mamá...

CAND. Pero, ¿dónde vas?

PEPITO. Una reunión de importancia  
de estudiantes de Derecho.  
Son las nueve. Ya me aguardan  
en el Suizo. McNina...  
Chilindrina.

CAND. Tú me engañas.

PEPITO. Adiós.

CAND. Pero, ¿dónde vas?

TULA. No te levantes.

(Vase Pepito por el foro de la derecha, cantando.)

CAND. (Se levanta y se dirige á la puerta del foro.)

¡Y cantal

## ESCENA XXVI

DICHAS, menos PEPITO

- CAND. ¡Y le he dejado salir!  
¡Y no le arañé la cara!  
¡Y no le saqué los ojos!
- TULA. ¡Ay, Dios mío! Niña, calla.  
¡Se te ha metido el demonio  
en el cuerpo!
- CAND. Endemoniada  
estoy.
- TULA. Reza un Padre Nuestro,  
chiquilla, para que salga  
el enemigo.
- CAND. Ya voy. (Corre al balcón.)  
«Padre Nuestro...» Es una farsa  
lo de la cita... «Que estás  
en el cielo...» Ni le llaman  
al café... «Santificado  
sea tu nombre y que se haga  
tu voluntad en la tierra...»  
¡Infame!... «Como...» ¡en la casa  
de enfrente!
- TULA. ¿Qué dices, niña?
- CAND. ¡Que entra enfrente!
- TULA. ¿Quién?
- CAND. ¡Se tapa;  
pero es él!
- ROSA. (Se oye dentro un portazo y se levanta dirigién-  
dose á la segunda de la derecha.)  
¡Ay, madre mía!
- TULA. ¿Qué?
- ROSA. ¡La puerta!
- TULA. ¿Qué te pasa?
- ROSA. Por la puerta del pasillo  
ha salido á la antesala  
Manuel, y, sin despedirse,  
se va. ¡Pero qué canalla!  
¡Ni decirme adiós!

## ESCENA ÚLTIMA

DICHAS; DON FELIPE, que sale por la primera de la izquierda, dispuesto para irse á la calle, saca la peluca puesta y el sombrero de copa en la mano; al verlas, se quita la peluca, la meto en el sombrero y atraviesa la escena cantando.

- FELIPE. (¡Las tres!)  
Abur. (Vase por el foro cantando.)
- TULA. (Pues éste se escapa también, y también tocando la trompeta.)
- CAND. (¡Está en la casa de la rubia!)
- ROSA. (Si pudiera seguirle... Si me llevara de mi genio...)
- TULA. Vamos, hijas:  
fe, fortaleza y templanza.  
Ven tú sobre el corazón  
de tu abuela que te ama.  
(Abraza á Cándida con el brazo izquierdo.)  
Ven tú sobre el corazón  
de tu madre.  
(Abraza á Rosa con el brazo derecho; las dos se han acercado y se han sentado una á cada lado.)  
Ten cachaza.  
Nada de palabras fuertes,  
ni de insultos, ni amenazas.  
La verdad es que las tres  
somos muy desventuradas  
y los tres unos granujas.
- LAS TRES. (Rompiendo á llorar á un tiempo.)  
¡Ay, Dios mío de mi alma! (Caen el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

# ACTO SEGUNDO

---

Habitación bien amueblada. Balcón á la izquierda en primer término. Puerta en segundo término á la derecha, y en primero otra más pequeña disimulada en la pared y empapelada como la habitación. Puerta al fondo. Próximo al balcón un tocador; entre las dos puertas de la derecha un *secretaire*; á la derecha un velador con servicio para cenar dos personas; delante del tocador un *paravent* Sillas, etc.

## ESCENA PRIMERA

LEONOR y FILOMENA

FILOM. ¿Aquí quiere usted cenar?

LEONOR. Aquí estoy mucho mejor.

FILOM. ¿Dónde?

LEONOR. En ese velador.

¿Bastará?

FILOM. ¿No ha de bastar?

LEONOR. Aquí muy tranquila puedo comer.

FILOM. Bien; como usted mande.

(Filomena acaba de colocar el servicio en el velador, y le coloca delante del *secretaire*.)

LEONOR. El comedor es muy grande,

estoy sola y tengo miedo.  
¡Ay, Filomenal Me enfada  
lo cobarde que nací.  
Esto es chiquito, y aquí  
estoy más acompañada.  
El quinqué en el velador,  
da más luz. Á mí me hastía  
la oscuridad. Da alegría  
la luz, é infunde valor.  
Y mis terrores se van  
viendo mucha luz... así.  
Pon ahora enfrente de mí  
el cubierto de mi Juan.

FILOM. ¿Vendrá el señorito?

LEONOR. No.

Estuvo aquí hace tres días,  
y eso es pedir gollerías.  
¿Qué más desearia yo?  
No le deja el coronel;  
mas ver su cubierto quiero,  
pues viendo el plato sopero  
pienso que le veo á él,  
y paso mejor el rato  
con tan hermosa ilusión.

FILOM. (No veo la relación  
entre un capitán y un plato.  
En fin; está perdidita  
por él, y está delirando.)

LEONOR. Anda, y haz lo que te mando.

FILOM. Al momento, señorita. (Vase por el fondo.)

## ESCENA II

LEONOR

¡Cenar sin mi maridito,  
sola... aquí... qué aburrimientol  
¡Ayl ¡Maldito campamento  
de Carabanchel, malditol  
Algún día en el tranvía  
voy; mas tengo que volver,

y yo le quisiera ver  
todas las horas del día.  
Bajo este cielo de España  
tan azul, y él á mi vera,  
¡con qué alegría viviera  
en su tienda de campaña!  
Presto acabarán mis males;  
mas no es posible, ¡ay de mí!  
pues como duermen allí  
juntos catorce oficiales...  
¡Catorce!... ¡Cuánto esperpento!  
Menos él, que es más salado...  
Pero, ¿quién habrá inventado  
el maldito campamento?  
Alguna mala persona  
que en fastidiar se entretiene:  
algún general que tiene  
por generala una mona  
fea y antidiluviana,  
y, está claro, el buen señor  
cuanto más lejos mejor.  
Mas para esta capitana  
esa es la ley del embudo,  
porque joven, y aunque fea,  
necesita que la vea  
su capitán á menudo.  
En fin, no puedo sin él  
vivir, no puedo. Mañana,  
antes que toquen la diana,  
estoy en Carabanchel.

### ESCENA III

LEONOR; FILOMENA, por el fondo, con platos  
y cubiertos.

- FILOM. Aquí los platos están.  
Ya sus órdenes cumplí.  
Pongo otro cubierto. Aquí  
tiene usted al capitán. (Coloca el cubierto.)
- LEONOR. ¡Ojalá! Pluguiera á Dios

- que fuera lo que me dices.
- FILOM. Y aquí tiene dos perdices.  
Para dos perdices, dos. (Coloca las fueates.)  
A comer tan ricamente.
- LEONOR. (Va á sentarse y se queda de pié apoyada en la silla.)  
No tengo gana aunque es tarde.
- FILOM. Usted dice que es cobarde.  
Yo digo que es muy valiente.
- LEONOR. Tú lo dirás.
- FILOM. Lo es usted,  
pues tranquila, sin temblar,  
se pone usted á cenar  
cerca de esa puerta.
- LEONOR. ¿Y qué?
- FILOM. Me da miedo, francamente.  
La tengo una prevención...  
Creo que va á entrar un ladrón  
y á cogirme de repente.  
Y después como al señor  
don Juan le dió la manía  
de entrar por ahí noche y día  
de escondite... á lo mejor  
estoy sola aquí limpiando...  
Un ruido... una sombra... grito...  
«¡Eh, muchacha!» El señorito,  
sin saber cómo ni cuándo.  
Señorita: nadie pasa  
los sustos que sufrí yo  
desde que usted se casó  
y vinimos á esta casa.
- LEONOR. Dí, tonta; ¿y no se te alcanza  
que por eso estoy aquí?
- FILOM. ¿Por si entra de pronto?
- LEONOR. Sí:  
siempre con esa esperanza.  
Por eso aquí estoy alerta  
ante el plato sin comer.  
Tú no puedes comprender  
los encantos de esa puerta.  
Hay para mí, en ese umbral,  
que á tí te parece triste,

una ilusión que no existe  
en la puerta principal.  
Engendran tal ilusión  
lo secreto, lo escondido...  
casi casi lo prohibido  
que tiene tanta atracción.  
Yo aquí esperándole... ¡Cuánto  
tarda! ¡Vendrá ó no vendrá?

Ya es hora... No es hora ya.  
La incertidumbre, un encanto.  
¡Pasos! Este debe ser.

Llaman á la puerta quedo...  
abro la puerta con miedo...  
¡El misterio! ¡Otro placer!  
Es mi Juan; se precipita  
en mis brazos .. Bien está  
en ellos Después se va  
por donde vino.... Una cita.  
Aunque breves los instantes,  
al fin nos pudimos ver.

Somos marido y mujer;  
pero somos dos amantes.

FILOM.

Vaya, vaya; eso es jugar  
á quererse; eso supone  
que están locos, y perdone  
el modo de señalar.

Yo tendría muy bastante  
con una puerta, y no pido  
al cielo más que un marido,  
aunque sea poco amante;  
uno á quien pueda sufrir  
aunque su carácter tenga,  
pero que á mi casa venga  
por donde deba venir.

Y nada de puerta falsa,  
y nada de tapadillo.

Voy á ver el solomillo

no se me pegue la salsa. (Vase por el fondo.)

## ESCENA IV

LEONOR

A comer. Vendrá mañana...  
Lo que es hoy... ¡Negra fortuna! (Se sienta.)  
Para dos perdices, una:  
y una que no tiene gaja.  
Esto sí que no es placer.  
Comer sola... ¿A qué sentarme?  
Me falta él para animarme  
y para hacerme comer.  
«Sirvete más.» «Dame un poco.»  
«La pechuga está exquisita.»  
«Acércame la patita.»  
Las patas le vuelven loco.  
(Se pone de pié y escucha.)  
No me quisiera engañar...  
(Se acerca á la puerta de escape.)  
¿Habrá podido venir?  
¡Su manera de subir...  
(Dan dos golpes á la puerta.)  
y su modo de llamar!  
(La llave está en la cerradura. Leonor abre )

## ESCENA V

LEONOR y PEPITO

LEONOR. ¡Por fin! Te esperaba.  
(Pepito entra rápidamente. Leonor cierra y al vol-  
verse se encuentra con él.)  
¡Oh!

PEPITO. ¡Me colé! ¡Ya me colé!

LEONOR. ¡Un hombre! ¿Quién es usted?

PEPITO. ¿Que quién soy yo? Pues soy yo.

LEONOR. Se equivoca usted, señor.

PEPITO. No señora.

LEONOR. ¡Ay! ¡Qué asustada!

PEPITO. (Recitando embelesado.)

«Por la puerta reservada.  
Dos golpes. Tuya. Leonor.»

LEONOR. ¿Qué dice?

PEPITO. Confieso á usted  
que he subido la escalera  
con un muelo de primera.  
Antes de llamar sudé . . .  
El temblor no se me quita.  
Soy joven, me falta aplomo;  
aún soy muy joven, y como  
esta es mi primera cita...

LEONOR. Pero á usted, ¿quién le ha citado?  
¿Por qué en mi casa se mete?

PEPITO. ¿Y el billete?

LEONOR. ¿Qué billete?

PEPITO. El billete perfumado,  
el mensajero de amor.

LEONOR. ¿Quién entiende esta charada?

PEPITO. «Por la puerta reservada.  
Dos golpes. Tuya. Leonor.»  
Al fin triunfó mi pasión,  
y al cabo la he convencido.

LEONOR. ¡Ah! Ya le he reconocido.

PEPITO. Yo soy...

LEONOR. El que está al balcón  
cuando en el balcón estoy,  
mirando constantemente.

PEPITO. Yo soy...

LEONOR. El impertinente,  
el estúpido...

PEPITO. Yo soy.

LEONOR. (¡El muy necio se atrevió!...  
¡El muy audáz se propasa!...)  
Salga usted ya de mi casa,  
salga usted.

PEPITO. ¿Marcharme? No.

Pues mujer tan hechicera  
me llama y me he decidido  
á venir; ya que he venido  
que sea lo que Dios quiera.  
No me marchó aunque se enoje.  
Me llamó.

- LEONOR. ¿Que le llamé?  
PEPITO. Me llamó; pues haga usted  
de mí lo que se la antoje.
- LEONOR. ¡Eh! Basta ya, caballero,  
que la broma es muy pesada.  
Soy una mujer casada  
y sólo á mi esposo quiero.  
Le engañó quien le citó,  
si es que alguno le ha citado.  
Este es un hogar honrado.  
Salga usted.
- PEPITO. ¿Marcharme? No.  
Obedecerla no puedo  
aunque quiero obedecerla.  
Tuve miedo antes de verla;  
pero ya no tengo miedo.  
Ya tengo ánimos y fe  
y valor. Soy una fiera.
- LEONOR. Si el capitán estuviera  
aquí, le mataba á usted.
- PEPITO. ¿Me mataba?  
LEONOR. Le mataba.  
PEPITO. Pero el capitán no está,  
¿verdad, señora?
- LEONOR. ¡Ojalá!  
PEPITO. ¡Y decía que me amaba!  
(Leonor corre á la puerta chiquita y escucha.)
- LEONOR. Silencio.  
PEPITO. ¿Qué escucha usted?  
LEONOR. ¡Es él, es él, de seguro!  
Entrará.. le ve...
- PEPITO. ¡Qué apuro!  
LEONOR. Solos y juntos nos ve...  
PEPITO. Yo me marcho. (Dirigiéndose al fondo.)  
LEONOR. Por ahí no.  
¿Los criados, qué dirán?  
(Suenan dos golpes en la puerta chiquita.)
- PEPITO. Llaman...  
LEONOR. ¡Juan!  
PEPITO. ¡El capitán!  
¿En dónde me meto yo?  
LEONOR. Allí. Veremos después.

(Señalando el *paravent*.)

¡Por este local...

JUAN. Leonor... (Dentro)

LEONOR. Serenidad y valor.

¿Qué hace usted?

PEPITO. Salgo por piés

(Se mete en el balcón.)

## ESCENA VI

LEONOR; JUAN, por la puerta secreta, de uniforme.

JUAN. ¡Leonor de mi vida!

LEONOR. Juan...

JUAN. Ya ves cómo te sorprende  
á menudo.

LEONOR. ¡Qué sorpresa  
tan dulce! Mas ¿cómo es esto?  
¿Cómo te han dado licencia  
dos veces en poco tiempo?

JUAN. Ya conoces mi carácter  
y mi viveza de genio.  
Soy el hombre de los prontos  
y los recursos enérgicos.  
Todo el día andave triste  
y nervioso y mal dispuesto;  
mas cuando cayó la tarde  
y las sombras me envolvieron,  
de sospechas y de sombras  
se me llenó el pensamiento,  
y me entró una comezón  
y un ansia y unos deseos  
de verte y aprisionar  
entre mis brazos tu cuerpo,  
como nunca. Fui á ver  
al jefe del regimiento.  
—«¿Se puede entrar, coronel?»  
—«Adelante, compañero.»  
—«Necesito algunas horas  
de permiso.» —«¿Cómo es esto?»  
—«Voy á Madrid.» —«¿A Madrid?»

—«¿Y las maniobras?»—«No quiero faltar á ellas. Mi Lucera en la Puerta de Toledo me planta en veinte minutos, y en otros veinte en mi puesto me pondrá cuando la diana resuene en el campamento. Tengo una mujer muy joven y hermosa como ese cielo estrellado, y hace ya tres días que no la veo.»  
—«Señor don Juan: comprendido. El permiso le concedo. Le doy por suya la noche, y á la mañana le espero. Allí, como aquí, á cumplir su deber y á dar ejemplo. No olvide que pertenece al segundo de lanceros.»

LEONOR. ¡Qué sorpresa!

JUAN. Asi me gusta.  
Entrar de pronto. Por cierto que se me olvidó la llave.

LEONOR. Déjamela á mí.

JUAN. No; cierro  
y me la guardo.

(Cierra la puerta reservada y se guarda la llave.)

LEONOR. (¡Ay, Dios mío!  
¡Ya no sale!)

JUAN. Así; no quiero  
que se pierda como la otra  
y nos den un susto luégo.

LEONOR (¡Ya no sale!)

JUAN. ¡Hola! ¡La mesa!  
¡Magnífico! ¡Dos cubiertos!

LEONOR. Sí; por si acaso.

JUAN. Acertaste.  
Dos perdices. ¡Bah! No tengo  
para un diente, que hoy me tráigo  
un apetito tremendo.  
Lo que pille por delante  
me lo zampo, carne ó hueso.

LEONOR. (¡Dios mío! ¡Qué compromiso!)  
Mira, Juan, vámonos dentro,  
á tu cuarto; te cepillas,  
te lavas un poco...

JUAN. Bueno.

LEONOR. Y dejas el sable.

JUAN. Sí.

LEONOR. Ese sable me da miedo.

JUAN. No, tonta, si éste es tan sólo  
para ensartar al primero  
que te mire.

LEONOR. Juan .. por Dios...

JUAN. O que te diga un requiebro.  
¿Ves esos pájaros fritos  
á quienes perfora el cuerpo  
una aguja? Pues así  
lo traspaso.

LEONOR. (¡Dios eterno!  
¡Lo traspasa y se lo come!)

JUAN. ¿Qué tienes?

LEONOR. Nada.

JUAN. Te encuentro  
algo extraño...

LEONOR. La emoción...  
la sorpresa... Vamos dentro,  
vamos dentro. (Alzando la voz.)

JUAN. Bien, mujer.

LEONOR. Y se queda unos momentos  
el cuarto solo... se queda  
solo... (Alzando la voz.)

JUAN. Bien, sí; ya lo veo.

LEONOR. ¡Ay! ¡Cuánto te quiero, Juan!

JUAN. ¡Ay, Leonor! ¡Cuánto te quiero!  
(Vanse por la segunda de la derecha.)

## ESCENA VII

FILOMENA y PEPITO

FILOM. (Por el fondo.)  
¡Anda! Si se ha levantado

sin probar... Pero, ¡qué memos de enamorados! Ni comen, ni beben, ni están contentos no estando juntos. ¡Que Dios me libre de quebraderos de cabeza!

PEPITO. Yo me escapo.

(Sale del balcón, ve á Filomena y vuelve á entrar precipitadamente.)

¡Una mujer! A mí encierro.

FILOM. ¡Ay, Dios mio! Hacia allí un ruido... Pasos... ¡Y ha hecho un movimiento el *paravent*! Tengo un asco á este cuarto... y un respeto á esa puerta condenada.

Un día entran. Siempre creo que se abre muy despacito ..

(La puerta secreta se abre muy despacio.)

¡Sí que se abre! ¡Yo me vuelvo á mi cocina! (Huye por el fondo.)

## ESCENA VIII

DON FELIPE, por la puerta de escape.

No hay nadie.

Es lo natural. Yo debo hacer antesala. El cuarto es muy bonito.

(Cierra la puerta y coloca la llave por dentro.)

Pondremos

la llave por este lado.

Es lo práctico. Si hay riesgo, puedo escapar. A estas citas se entra sin impedimento, y muchas veces se sale de milagro con pellejo. Yo en casa de Margarita entré con mi pié derecho y por mor de un garrotazo, torcido para *in eternum*

lo saqué, rotos el tarso  
el metatarso y el terso.  
La mesa puesta. Eso es práctico  
también. ¡Y con dos cubiertos!  
Es una galantería,  
señora, que la agradezco.  
El *secretaire* donde ella  
escribió lo que mi pecho  
guarda, escondido por mí,  
entre el forro del chaleco.  
Un *paravent* misterioso  
que me oculta algo. Pasemos  
osados á descubrir  
del *paravent* los secretos.  
(Pesa al otro lado del *paravent*.)  
El tocador, lleno todo  
de frascos y pebeteros  
con esencias y perfumes.  
Me perfumaré el pañuelo,  
y los guantes, y la ropa.  
(Se perfuma con cuanto halla á mano.)  
Ilang-ilang, jazmín, heno...

## ESCENA IX

LEONOR y DON FELIPE

- LEONOR. (Por la segunda de la derecha.)  
Es preciso que se vaya.  
Este momento aprovecho.  
Joven... joven... (Acercándose al *paravent*.)
- FELIPE. ¿Será á mí?
- LEONOR. Salga usted... pronto.
- FELIPE. (Se presenta.) Saldremos.  
A los piés de usted, señora.
- LEONOR. ¡Jesús! ¡Otro! Caballero,  
¿quién es usted?
- FELIPE. ¿Quién soy yo?  
Soy yo; míreme usted.
- LEONOR. (¡El viejo  
de enfrente!)

FELIPE. ¡Y me lo pregunta!

(Leonor retrocede; don Felipe se adelanta.)

LEONOR. Es claro. ¿¿ con qué derecho  
está usted en esta casa?

FELIPE. ¡Y me lo pregunta! Vengo  
á colmar sus esperanzas  
y á realizar sus deseos.  
No; jamás olvidaré  
lo que ha hecho usted.

LEONOR. ¡Yo! ¿Qué he hecho?

FELIPE. Me sé de memoria...

LEONOR. ¿El qué?

FELIPE. Todo, término por término.  
Y feliz á todas horas  
lo repite el pensamiento.  
«Por la puerta reservada.  
Dos golpes. Tuya. Entresuelo.  
Leonor. Derecha. Señal .  
amor... una luz... misterio.»  
Aquí la llevo.

LEONOR. (¡Es un loco!)  
Hágame usted el obsequio  
de salir.

FELIPE. Marcharme, no.

LEONOR. (Como el otro. Se aprendieron  
la lección.) Váyase usted,  
por la Virgen.

FELIPE. Si no puedo.  
Si esos ojos son cadenas  
en las que estoy prisionero.

LEONOR. Por Dios, que está el capitán  
en su cuarto.

FELIPE. No lo creo.  
Lo dice por asustarme;  
pero yo no tengo miedo  
del capitán.

LEONOR. ¡Que está en casa!

FELIPE. Pues que venga. Le detesto  
y se lo quiero decir;  
y le diré sin rodeos  
quién soy y por qué he venido.  
La verdad: que yo la quiero

y que me ha citado usted.  
LEONOR. ¡Yo! ¡Jesús!  
FELIPE. ¡Y nos perdemos  
juntos!  
LEONOR. (Será muy capáz.)  
FELIPE. Que venga. (Alzando la voz.)  
LEONOR. Por Dios... silencio.  
FELIPE. Que venga. (Alzando la voz.)  
JUAN. Leonor...  
(Casi desde el umbral de la puerta.)  
FELIPE. ¡Demonio!  
¡Estaba! ¡Buena la he hecho!  
(Don Felipe no tiene tiempo más que de colocarse  
detrás del *paravent*.)

## ESCENA X

LEONOR y JUAN; DON FELIPE, detrás  
del *paravent*.

JUAN. (Con levita de paisano.)  
Así estoy mucho mejor.  
Ya me he quitado embelecocos  
y estorbos, y ahora, á mis anchas,  
á comer, ¿verdad, lucero?  
LEONOR. Sí, Juan.  
JUAN. Pero ¿qué te pasa?  
Estás temblando, son hielo  
tus manos.  
LEONOR. No es nada. Un susto.  
Aquella puerta... Crugieron  
las tablas... escuché ruidos  
y pasos... Ya voy creyendo  
lo mismo que Filomena.  
Un día entran.  
JUAN. Por supuesto.  
Al que entre, de un estacazo  
le rompo una pierna.  
FELIPE. ¡Cielos!  
¡La oíral)  
JUAN. Que entre el que se atreva.

Eso es lo que yo deseo  
para lucirme delante  
de tí, quebrantando huesos.

FELIPE. (Bruto, lo es.)

JUAN. Mas si te asusta,  
como yo no tengo empeño  
en conservarla, la tapio  
ahora mismo.

LEONOR. Ahora, no.

FELIPE. (Luégo;  
ahora tengo que salir.)

JUAN. Desecha esos pensamientos.  
La puerta está bien cerrada,  
mujer... (Se dirige á la puerta y la examina.)  
¿Qué es esto?

LEONOR. ¿Qué es eso?

JUAN. Que yo he quitado la llave,  
digo, me parece, y creo  
haber cerrado, y aquí  
con otra llave me encuentro.

LEONOR. Distraído...

JUAN. Juraría...  
¡Qué diantrel! Pues ahora cierro  
y quito la llave. Ahora  
ya no hay duda. (Cierra y guarda la llave.)

FELIPE. (¡Me divierto!

¡Me cortó la retirada!

JUAN. Vaya, vaya, ¿no comemos?

LEONOR. Vamos. Estarán ya frías  
las perdices.

JUAN. Las prefiero  
así; pero en esta mesa  
falta el primer elemento;  
el vino.

LEONOR. Bien dices.

JUAN. Una  
botellita de Burdeos  
para estas perdices, y otra  
botella de Jeréz seco  
para la merluza, y otra  
de Málaga, de lo añejo,  
para el postre, y de cognac

otra para complemento  
del café...

FELIPE. (¡Que se emborrache,  
Señor! No ve claro y puedo  
escapar.)

JUAN. Llama á la chica.

LEONOR. Vamos juntos y escogemos  
los dos el vino.

JUAN. Es verdad.  
Aquí estorban los terceros.

LEONOR. Vamos.

JUAN. Ese es mi placer  
cuando voy por esos pueblos:  
el bajar á la bodega.

FELIPE. (¡Qué capitán! ¡Pendenciero,  
y casado y borrachín!  
Que no tiene nada bueno.)

LEONOR. (Alzando la voz )  
Nos vamos á la despensa.

JUAN. Bien, mujer.

LEONOR. Y no volvemos  
en un rato. (Idem.)

JUAN. ¿Con quién hablas?

LEONOR. Contigo.

JUAN. Siempre diciendo  
lo mismo. ¡Pareces tonta!

LEONOR. (¡Qué situación! ¡Yo me muero!)  
(Salen por el foro izquierda.)

## ESCENA XI

DON FELIPE y PEPITO

FELIPE. Calma. Es preciso marcharse.  
Esta es la encerrona ciento  
dos. Siempre lo mismo  
me pasa. ¡Qué suerte tengo!  
Por allí ya no hay salida.  
Por esa puerta se fueron,  
y pueden verme. Si fuera  
bajo el balcón ..

PEPITO. Nadie...

(Don Felipe se aproxima al balcón: Pepito sale de él y se dan de manos á boca.)

¡Abuelo!

FELIPE. ¡Pepito! ¿Qué haces aquí?

PEPITO. Yo, nada; ¿y usted?

FELIPE. ¡Muñeco!

¡Zascandill! A los mayores no se les pregunta.

PEPITO. Bueno.

Cómo estoy aquí no sé.

Lo que importa, lo que quiero, es marcharme.

FELIPE. Vámonos

si tú conoces un medio de salir.

PEPITO. Pues por allí

se va á la calle. (Señalando al foro.)

FELIPE. Observemos

si está la salida franca.

(Se dirige á la puerta.)

No lo está.

PEPITO. Vienen.

FELIPE. Silencio.

(Vuelven al *paravent*.)

## ESCENA XII

MANUEL; FILOMENA, por el fondo; DON FELIPE  
y PEPITO, en el *paravent*.

Filomena y Manuel por el foro derecha.

FILOM. Caballero...

MAN. Déjame

pasar.

FILOM. Pero, caballero...

FELIPE. (¡Parece la voz de mi hijo!)

MAN. Vengo á hablar unos momentos con tu señora.

FILOM. Está sola;

y bajo ningún pretexto  
recibe á un desconocido,  
y de noche mucho menos.

- MAN. Como no está el capitán...  
Si precisamente vengo  
de Carabauchel, y tráigo  
un aviso.
- FILOM. (¡Qué embustero!)  
MAN. Un aviso muy urgente  
del capitán.
- FILOM. Pues no puedo  
pasar recado, y perdone.  
MAN. Pues de aquí ya no me muevo.  
FELIPE. (¡Creo que es éll)  
MAN. Vamos á cuentas,  
á ver si nos entendemos.
- FILOM. ¿Entendernos? No señor;  
es imposible entendernos.  
Lo ha intentado usted mil veces  
y sabe usted que no cedo.
- MAN. Déjame hablar á tu ama  
dos minutos, uno, medio.  
¿A tí qué te importa? Tú  
la dices que me has abierto  
porque te engañé.
- FILOM. Así es.  
MAN. Si yo no te comprometo.  
En cambio, yo soy un hombre  
agradecido en extremo.
- FILOM. ¡Me parece que se ríen!  
¡Y hablan!... ¡Y son dos!  
(A la puerta del fondo.)
- MAN. Es cierto.  
FILOM. ¡La voz del señor!  
MAN. ¿Está  
tu señor? ¡Qué contratiempo!  
Anda, corre, ábreme.
- FILOM. ¿Cómo?  
¡Si vienen aquí derechos  
por el pasillo!
- MAN. Me pierdes  
si no me ocultas.
- FILOM. Me pierdo  
por culpa de usted. ¡Se acercan!  
(Filomena á la puerta del fondo.)

- MAN. Pero yo, ¿dónde me meto?  
(Aturdido viene al proscenio.)
- FELIPE. Aquí.  
(Sacando la cabeza y llamándolo con la mano.)
- PEPIIO. ¡Aquí! (idem.)
- MAN. ¿Tú? ¡Cómo!
- FELIPE. ¡Aquí!  
(Manuel se esconde detrás del *paravent*.)
- MAN. Mas, ¿qué es esto? No comprendo...  
¡Mi padre aquí! ¡Mi hijo aquí!
- FELIPE. Si; y el nieto y el abuelo.  
Todos en la ratonera.
- FILOM. (Ya están aquí. ¡Cómo tiemblo!)

### ESCENA XIII

DICHOS; LEONOR y JUAN, por el fondo izquierd»,  
cada uno con dos botellas.

- JUAN. No nos haces falta aquí.
- FILOM. Bien, señorito.
- JUAN. Desfila.  
(Vase Filomena por el fondo.)  
A principiar la batalla.  
Que avance la artillería.
- FELIPE (No tengo más esperanza  
que las botellas. Si empuña  
algo más de lo debido,  
nos salvamos.)
- JUAN. Pon encima  
de la mesa los obuses.  
(Coloca las botellas sobre la mesa.)
- LEONOR. (Yo no puedo andar. Vacilan  
mis piés. ¿Por dónde andarán?)  
(Se va acercando al *paravent*.)
- JUAN. ¡Soberbio! ¡Una batería  
completa!
- LEONOR. (Estarán ocultos...  
ó aquí. (Mira detrás del *paravent*.)  
¡María Santísima!  
¡Si ya son tres!) (Asombrada y aterrada.)
- JUAN. ¿En qué piensas?  
Ven; aquí tienes tu silla.

LEONOR. No tengo ganas.

JUAN. No importa;  
ya las tendrás. Tú principia  
á comer. Tengo esta noche  
una interior alegría  
tan grande...

LEONOR. ¡Ay!

FELIPE. }  
PEPITO. } ¡Ay!

MAN. }

JUAN. ¿Qué te pasa?

(Se sientan á la mesa. Juan de espaldas al *paravent*.)

Parece cuando suspiras  
que suspiran tres ó cuatro.  
Es que estás desfallecida.  
A comer. Ponte más cerca,  
más cerca... más todavía.

(Se van acercando los dos.)

PEPITO. ¡Qué situación tan difícil!

MAN. ¡Y tan gravel!

FELIPE. ¡Y tan ridícula!

JUAN. Pero no pruebas bocado.

LEONOR. Está la perdíz tan fría...

De otro plato.

JUAN. Como quieras.

Pues estas dos, no se libran  
de mis garras y mis dientes.

¡Ay! ¡Cómo te quiero, rica!

Un abrazo. (La abraza.)

(Come.) Y un mordisco.

¡Está la perdíz riquísima!

PEPITO. (¡Qué manera de hacer ganas!)

JUAN. Estás muy poco expansiva  
esta noche.

LEONOR. No estoy bien.

JUAN. En cambio estás más bonita  
con esa boca de fresa

y esos ojos que echan chispas.

Ponte más cerca... más cerca.

(Se aproximan hasta ponerse muy juntos.)

MAN. (Pues señor; yo no venía  
para esto.)

- JUAN. Amor de mi alma  
y esperanza de mi vida...  
Un abrazo. (Abrazándola.)  
(Coniando.) Y un mordisco.
- FELIPE. Pero, ¿á quién muerde? (A Manuel.)
- JUAN. ¡Alma mía!  
¡Qué felicidad tener  
una mujer tan divina,  
y tan honrada y tan buena!  
¡Cuánto me acordé estos días  
pasados de mi mujer,  
de mi casa, de mi dicha.  
¡Si tú supieras qué lance  
tan serio!... ¡Pobre Matías!  
¿Qué tiene dices? Pues e la.  
Una mañana fresquita  
abandona el campamento  
y á su casa se encamina.  
Va prevenido; abre, entra...  
y se encuentra á su costilla  
con dos.
- LEONOR. ¿Con dos?
- JUAN. Como lo oyes.  
Es claro, hace puntería  
y blanco con su revólver.  
¡Pum! á la mujer indigna...  
¡pum! al uno... ¡pum! al otro...
- FELIPE. (Bajo á Manuel y Pepito.)  
(¿Habéis visto si en la cinta  
lleva el revólver?
- MAN. Yo, no.
- PEPITO. Salimos de aquí sin vida.
- JUAN. ¿Puede haber cosa más rara  
que entrar en su casa un día  
y hallarse con dos?
- LEONOR. Sí, Juan;  
llegar á una hora imprevista  
y hallarse con tres...
- JUAN. ¿Con tres?  
¡Qué imaginación tan viva  
tienes! Eso es imposible.  
Pasará en alguna obrilla

de esas que hacen los autores  
para que el público ría  
un rato; pero en el mundo...

LEONOR. En el mundo y en la vida,  
no la lógica, el absurdo,  
lo inverosímil dominan.  
Vamos á ver; si tú hallaras  
aquí tres, ¿qué es lo que harías!

JUAN. ¿Qué haría yo?

LEONOR. ¿Qué harías tú?

MAN. (¿Qué haría él?)

LEONOR. Díme.

FELIPE. (¿Qué haría  
con nosotros?)

JUAN. ¡Já, já, já!

FELIPE. (Pues nada, tomarlo á risa.)

PEPITO. (Es una buena persona.)

JUAN. Pues la cosa es bien sencilla.

¡Pum! á tí, y á mí y á ellos.

Cinco cápsulas seguidas

empleadas, y la sexta

á cualquiera.

FELIPE. (De propina.)

LEONOR. Á veces las apariencias...

JUAN. Déjate de tonterías. (Muy enérgico.)

¡Si yo te encuentro con alguien,

volamos con dinamita!

FELIPE. }  
MAN. } (¡Ay!)  
PEPITO. }

LEONOR. ¡Ay, Dios mío! (Se levanta.)

JUAN. ¿Qué tienes?

LEONOR. La cabeza... (Soy perdida.)

(Se desmaya. Juan la coge en sus brazos.)

JUAN. ¡Se desmayó! No está bien

Leonor. . . ¡Filomena! . . . ¡cical!...

## ESCENA XIV

DICHOS; FILOMENA, por el fondo.

FILOM. Señor...

JUAN. El frasco de sales...

agua... azahar... anda de prisa.  
En el tocador.

FILOM. Volando.

(Filomena corre al tocador y se tropieza con los  
tres. Grito de terror.)

¡Ay!

JUAN. ¿Qué es eso?

FILOM. ¿No decía  
yo que entraban una noche?

(Todos la rodean y la tapan la boca.)

JUAN. ¿Qué te pasa?

FELIPE. (Calla.)

MAN. (Dándole dinero.) Toma.

PEPITO. ¡Por Dios!...

FILOM. ¡Nada!

JUAN. ¿Por qué chillas?

FELIPE. Nos pierdes.

JUAN. Trae uno cualquiera.

FILOM. ¿Uno?

JUAN. Un frasco. ¡Pobrecita!

FILOM. (Volviendo con un frasco.)

Tome usted.

JUAN. Venga.

LEONOR. ¡Ay, Dios mío!

JUAN. Vamos; ya se reanima.

¿Estás mejor?

LEONOR. Así, así.

(Mira á todos lados asustada.)

FILOM. ¡Ay, ay! (Temblando.)

JUAN. Pero esta chiquilla,

¿por qué tiembla?

FILOM. Nada; un susto.

Sola estaba en la cocina,  
y escuché en la puerta un ruido...

(Temblando.)

JUAN. ¿Un ruido?

FILOM. Quieren abrirla...

Yo creo que van á entrar...

Esta noche, señorita,

nos pasa algo.

JUAN. ¡Qué ñoñez

tan grande, y qué cobardía!

Anda delante de mí  
á ver esa puerta. ¡Chica  
más tonta!... Como haya alguno,  
le voy á romper la crisma;  
mas si no hay nadie, eres tú  
quien se gana la paliza.  
(Vanse por el fondo.)

## ESCENA XV

DICHOS, menos JUAN y FILOMENA

- LEONOR. Pero, señores, ¿qué quieren?  
¿Quiénes son? ¿Por qué conspiran  
contra mí?
- FELIPE. (Subido en una silla habla por encima del *para-  
vent*, y los otros cada uno por un lado del mismo.)  
Somos tres tontos  
que hicimos tres tonterías.  
¡Perdón, señora!
- MAN. ¡Perdón!
- PEPITO. Lo pedimos de rodillas.
- LEONOR. Bien, bien. Aquí lo importante  
es buscarle la salida  
á esta situación.
- PEPITO. Sí; un medio.
- MAN. La cosa es difícilísima.
- FELIPE. Hay un medio: mi mujer.  
Bastará que usted la escriba  
cuatro letras. La muchacha  
las lleva: viene de prisa  
y en poniéndola entre él  
y nosotros en la crítica  
situación, ya no hay cuidado  
porque es muy larga.
- LEONOR. Aquí hay tinta  
y papel. (Corre al *secretaire*.)
- FELIPE. Manos á la obra  
no vuelva.
- LEONOR. (Escribiendo.) «Señora mía:  
tengo dentro de mi casa,  
y en la más comprometida

situación...»

FELIPE. «Tres ejemplares  
de la línea masculina  
de la familia de usted.»

MAN. ¡Vienen! (Observando desde el fondo.)

LEONOR. Concluyo en seguida.

(Vase por la segunda de la derecha. Ellos se ocultan.)

## ESCENA XVI

JUAN; detrás del *paravent*, DON FELIPE,  
MANUEL y PEPITO

JUAN. (Por el fondo.)

¡Qué ruidos ni qué simplezas!

¡La imaginación maldita!

¿Y Leonor? Se habrá asustado

y anda también escondida.

Los miedos de las mujeres

me sacan de mis casillas

(Se pasan y pasa cerca de ellos: los tres se pegan al *paravent*.)

FELIPE. (¡Que viene!)

JUAN. Yo á nadie temo.

Si el mundo se viene encima,

yo tan fresco y tan tranquilo.

Y á mí nada me intimida,

ni me asusta, ni me asombra,

Ei...

(Vuelvo á pasearse, llega donde están ellos. Los tres se acercan tanto al *paravent* que le dejan caer encima del capitán y queda al descubierto.)

¿Qué?

(El capitán da un salto; momentos de prisa, se miran con asombro.)

FELIPE. (Lo que yo temía!)

MAN. (¡El choque!)

JUAN. (¡Tres hombres, tres  
personas desconocidas  
aquí, en mi casa! Los tres  
de que me hablaba... ¿Qué enigma  
es este?)

- PEPITO.                   Muy buenos días.
- JUAN.    \ Un militar no se achica  
          por tan poco ) Caballeros:  
          á ver lo que significa  
          esto Tres pasos al frente.
- FELIPE.  ¿Cómo está usted? (Adelantándose.)
- JUAN.                   A las filas.  
          ¿Qué hacen ustedes aquí?  
          ¡Pronto! (Pausa. Silencio.)
- MAN.                   (Pero ¿quién lo explica?)
- JUAN.    Que hable uno pronto... cualquiera.  
          Usted, señor. (A Pepito.)
- PEPITO.                No: permita  
          usted que calle. Yo soy  
          aún muy joven. Que lo diga  
          mi padre. (Señalando á Manuel.)
- JUAN.                   Usted, caballero.
- MAN.    Pues la razón que motiva  
          el... y la... Que hable mi padre.  
          (Señalando á Felipe.)
- JUAN.    Usted.
- FELIPE.                Pues esta visita  
          y esta .. (¡Quién tuviera padre!)  
          La razón que justifica  
          el que... ¿usted quiere saber  
          por qué en hora intempestiva  
          estamos aquí?
- JUAN.                   Cabal.
- FELIPE.  Pues estamos..
- JUAN.                   De prisita.
- FELIPE.  El caso es que no lo sé.
- JUAN.    ¡Cómo! (Cogiendo una silla y adelantándose.)
- MAN.                   Nos tira una silla.

## ESCENA XVII

DICHOS; LEONOR, por el fondo.

- LEONOR.  ¡Todos juntos!
- JUAN.                   Ven aquí.  
          Explicame la presencia

aquí de estos tres.

LEONOR. Juan mío...

Yo no sé nada... de veras.  
Uno entró por la ventana,  
y el otro entró por la puerta  
y otro por escotillón,  
lo mismo que en las comedias  
de magia. Primero era uno;  
luego, dos; y después eran  
tres. No sigas preguntando.  
Yo te quiero mucho, ea.

JUAN. Para mí la cosa es clara.

FELIPE. ¿Clara, Manuel? (Bajo los tres.)

MAN. ¿Tú la encuentras  
clara, Pepito?

PEPITO. Yo soy  
muy joven...

JUAN. Aquí, en conciencia,  
hay un dilema perfecto.

FELIPE. (Bajo á Manuel.)  
¿Sabes tú lo que es dilema?

MAN. En este momento, no.  
Tengo mala la cabeza.

JUAN. O son tres enamorados  
ustedes tres...

LOS TRES. No; ¡qué idea!

FELIPE. (Bajo á Manuel y Manuel á Pepe.)  
Manuel, la honra de una hermosa...

MAN. Pepe, el honor de una bella...

LOS TRES. Tres enamorados, no.

LEONOR. Y si lo son, que lo sean.

JUAN. Entonces son tres ladrones;  
una cuadrilla completa.

FELIPE. Bien, si; puede que seamos  
ladrones si usted se empeña.

MAN. (Bajo á don Felipe.)  
Hombre... que soy yo oficial  
del ministerio de Hacienda.

JUAN. En resumen: son tres hombres  
que sin abrirles la puerta  
me encuentro dentro de casa  
y de noche. Yo, en defensa

de mi hogar, tengo derecho  
à hacer de ellos lo que quiera.  
Leonor, el revólver.

LEONOR. ¡Juan!...

JUAN. Rompiendo la tapadera  
del cráneo, con un balazo,  
ya veremos lo que piensan.

FELIPE. (Vacilando.)

¡Ay!... ¡La tapadera!... ¡El cráneo!...

¡Ay!... ¡Se me doblan las piernas!

¡Manuell!... ¡Pepel!...

MAN. (Sosteniéndole.) ¡Padre!

PEPITO. (Idem.) ¡Abuelo!

FELIPE. Aire... me ahogo... ¡tinieblas!

(Próximo à desmayarse.)

## ESCENA XVIII

DICHOS; FILOMENA y TULA, por el fondo.

FILOM. Señorita...

JUAN. Déjanos.

LEONOR. ¿Qué querías?

JUAN. Vete fuera.

LEONOR. Deja que diga... ¿Qué ocurre?

FILOM. Una señora desea  
ver á ustedes. Dice que es  
muy importante.

JUAN. Aquí no entra  
nadie.

LEONOR. Que pase en seguida.

JUAN. Mas, ¿quién es?

LEONOR. Cuando la vea  
lo sabremos. Dila que entre.

FILOM. Entre usted.

TULA. (Por el fondo.) Con la licencia  
de ustedes.

LEONOR. Usted la tiene.

FELIPE. ¡Tula!... (Reanimándose.)

MAN. ¡Mi madre! (Con alegría.)

PEPITO. (Idem.) ¡Mi abuela!

- TULA. Señores; muy buenas noches.  
JUAN. Téngalas usted muy buenas.  
TULA. (El marido, la mujer  
y los tres hijos de Elena;  
ellos con cara de miedo  
y éste con cara de gresca.  
Está entendido.)
- JUAN. Señora,  
yo la suplico que sea  
muy breve.
- TULA. El caso es muy grave  
y puede ser que no pueda.  
Una mijita de calma  
y otra miaja de paciencia,  
que la cólera, señor,  
es muy mala consejera.  
Vengo á hacerle á usted un favor.  
Aquí tiene una madeja  
enredada y tráigo el cabo  
yo, por más que le sorprenda.  
De todo cuanto aquí ocurre  
tiene la culpa un gatera  
que está sirviendo en mi casa,  
Antonio, una buena pieza,  
que antes le ha servido á usted.  
Él refirió á la doncella  
el caso, y la chica á mí,  
porque la chica es muy buena.
- JUAN. Pues yo no la entiendo á usted.
- TULA. Aún no es fácil que me entienda,  
señor: una explicación  
no es un cañonazo. Empiezan  
las palabras, se suceden,  
van desarrollando el tema,  
y sin decir la segunda,  
nadie dice la tercera.  
Ante todo le presento  
á mi familia.
- JUAN. ¿Qué? ¿Es esa  
su familia?
- TULA. Mi marido,  
mi hijo y mi nieto; completa.

Ese chiquillo es la causa  
de todo.

PEPITO.                   ¿Quién? ¿Yo? (Me echan  
el muerto.)

FELIPE.                   Ese es.

MAN.                     Ese es.

TULA.                    Tiene veinte años apenas.

PEPITO.                  Soy muy joven.

TULA.                    Es muy joven,  
y es claro, ha hecho una simpleza,  
como usted las habrá hecho  
á su edad; como cualquiera.  
Su mujer de usted es muy guapa..

JUAN.                    Mil gracias.

TULA.                    Es una perla.

JUAN.                    Repito. .

LEONOR.                 Es favor.

TULA.                    Á mí  
me gusta sobremanera,  
y á Pepe más; y el bribón  
de mi criado, á la cuenta  
me le ha engañado al muchacho;  
le ha dicho que estaba fuera  
usted, y que la señora  
le miraba un poco tierna;  
le dió una llave que tiene,  
no sé como, de una puerta  
que está no sé dónde, y, claro,  
ha tomado la escalera  
el chiquillo, y se ha colado  
aquí como una centella.

MAN.                    Eso es, y yo que le vi,  
temiendo las consecuencias,  
vine por él.

FELIPE.                 Eso es;  
y yo, porque no ocurriera  
algo, vine por los dos.

TULA.                    Cabal; y yo, muy inquieta,  
vengo por los tres.

JUAN.                    No está  
aún claro el asunto. Quedan  
muchos cabos, muchos puntos

oscuros.

TULA. No sea usted pelma.  
Su mujer es muy honrada  
y le quiere muy de veras.  
¿Qué le importa lo demás?  
Déjese usted de sospechas  
y déla un abrazo.

LEONOR. ¿Dudas  
de mí?

JUAN. ¡Honori!

TULA. (Fin de escena.)

MAN. (Cogiendo de una oreja á Pepe.)  
¿Con que tú á ver á la rubia?  
¿A que te arranco una oreja?

FELIPE. (Cogiendo de una oreja á Manuel.)  
Con que de belenes tú?

TULA. (Cogiendo de una oreja á don Felipe.)  
¿Con que tú de calavera?

FELIPE. ¡Mujercita!...

TULA. No soltar.  
(Vámonos, Tula, derecha  
á casa con esta rastra  
de pillos.) Si usted me deja,  
me llevaré á la familia.

JUAN. Bien.

LEONOR. Por la puerta secreta  
van mejor.

JUAN. Pues abriré.

(Abro la puerta reservada.)

MAN. ¡Dios mío!... ¡Por fin abierta!

TULA. (Alto.) Vamos, Pepe, (Al pasar por delante.)  
Granojilla...

bribón... ¡Ay, la que te esperal

Vamos, Manuel. (Alto.)

(Al pasar por delante.) Mal marido,  
mala sombra, mala pécora...

¿Nos vamos, criatura? (A Felipe.)

FELIPE. Vamos.

(Bajo y abrazándola.)

¡Tula de mis entrete!as!...

Estoy muy avergonzado.

Perlita... monina... reina

de mi alma.

TULA. Calla, embustero.

Ni yo soy mona, ni perla,  
ni tú eres rubio, ni tienes  
pel, ni tienes vergüenza.

(Le da un tirón y le quita la peluca rubia.)

¡Ay! ¿Qué te has dado? Corrompes.

En llegando, aunque no quieras,  
te meto en un baño.

JUAN. El brazo.

TULA. Mil gracias por la molestia.

Adiós, señora. Felices  
ustedes. Una perfecta  
pareja que se ha querido  
y querrá la vida entera.

Tres parejas hay en casa;  
mas son como las parejas  
del Orden público. Va  
cada uno por su acera.

En fin; venturosa yo,  
si en medio de tantas penas,  
consigo que me dé el público  
su mijita de indulgencia,  
y un aplauso para este  
juguetillo ó lo que sea.

(Cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

- CARA Y CRUZ, juguete cómico en un acto y en verso.  
EL SEXO DÉBIL, juguete cómico en un acto y en verso.  
EL ÚNICO EJEMPLAR, comedia en un acto y en verso.  
ABOGACÍA DE POBRES, juguete cómico en un acto y en verso.  
SERVIR PARA ALGO, comedia en un acto y en verso.  
EL NÚMERO TRES, comedia en tres actos y en verso.  
VANITAS VANITATUM, comedia en tres actos y en verso.  
ECHAR LA LLAVE, comedia en un acto y en verso.  
HAZ BIEN..., comedia en tres actos y en verso.  
PARA UNA COQUETA UN VIEJO, comedia en dos actos y en verso.  
INOCENCIA..., comedia en tres actos y en verso.  
AL SANTO, AL SANTO! propósito cómico en dos actos y en verso.  
CONTRA VIENTO Y MAREA, comedia en tres actos y en verso.  
COMO SE EMPIEZA, comedia en un acto y en verso.  
UNA COMEDIA Y UN DRAMA, comedia en dos actos y en verso.  
COMO LAS GOLONDRINAS, comedia en tres actos y en verso.  
CHAMPAGNE FRAPPÉ, juguete cómico en un acto y en verso.  
NI LA PACIENCIA DE JOB, comedia en tres actos y en verso.  
EL OCTAVO, NO MENTIR, comedia en tres actos y en verso.  
LA FUERZA DE UN NIÑO, comedia en tres actos y en verso.  
ESCURRIR EL BULTO, comedia en un acto y en verso.  
POR FUERA Y POR DENTRO, comedia en dos actos y en verso.  
LA BUENA RAZA, comedia en tres actos y en verso.  
MALDITOS NÚMEROS! comedia en tres actos y en verso.  
ENSEÑAR AL QUE NO SABE, comedia en tres actos y en verso.  
LA ELOCUCENCIA DEL SILENCIO, comedia en tres actos y en verso.  
SIN FAMILIA, comedia en tres actos y en verso.  
DE TODO UN POCO, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.  
EL OTRO, comedia en tres actos y en verso.  
UN AÑO MÁS, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.  
¿PEREZ Ó LOPEZ? comedia en tres actos y en verso.  
POBRE MARÍA! monólogo en un acto y en verso.  
EN PLENA LUNA DE MIEL, comedia en un acto y en verso.  
SIN SOLUCION, comedia en tres actos y en verso.  
PENSION DE DEMOISELLES, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

- CAERSE DE UN NIDO, comedia en acto y en verso.  
BODA Y BAUTIZO, sainete, con el Sr. Vital Aza.  
EN PRIMERA CLASE, comedia en tres actos y en verso.  
UN VIAJE Á SOUZA, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza  
LA MANO DERECHA, juguete en un acto y en verso.  
LOS DEMONIOS EN EL CUERPO, comedia en un acto y en verso.  
VIVIR EN GRANDE, comedia en tres actos y en verso.  
LA LISTA GRANDE, comedia en un acto y en verso.  
EL DIA DEL SACRIFICIO, juguete en un acto y en verso.  
METERSE Á REDENTOR, comedia en tres actos y en verso.  
MANZANILLA Y DINAMITA, comedia en un acto y en verso.  
VIVA ESPAÑA! sainete en un acto, en prosa y verso.  
EL ENEMIGO, comedia en tres actos y en verso.  
LOS HUGONOTES, comedia en dos actos y en verso.  
ENTRE PARIENTES, comedia en un acto y en verso.  
LA SOPA DE ALMENDRA, propósito en un acto y en verso.  
VIAJEROS DE ULTRAMAR, comedia en dos actos y en verso.  
LA VIEJA LEY, comedia en tres actos y en verso.  
¿ME CONOCES? juguete cómico en un acto y en verso.  
EL TREN DEL BOTIJO, comedia en dos actos y en verso.  
EN CASA DE LA MODISTA, juguete cómico en un acto y en verso  
LA NIÑA MIMADA, comedia en tres actos y en verso.  
LA CREDENCIAL, comedia en tres actos y en verso.  
EL SEBENO DE MI CALLE, juguete cómico en un acto y en verso.  
LA SEÑÁ FRANCISCA, comedia en dos actos y en verso.  
LA REVISTA, zarzuela en un acto, original y en verso, música  
del maestro Caballero.  
LOS HIJOS DE ELENA, juguete cómico en dos actos y en verso.





ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL  
PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

---

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.